



Póker político

Matías Pascal

El farol azul: El PAN sigue apostando a perdedores, ¡ni cómo ayudarlo!



Ricardo Anaya, coordinador de los senadores panistas

En la mesa de la política mexicana, el Partido Acción Nacional (PAN) ha demostrado ser un pésimo jugador de póker. Lejos de construir una estrategia que lo haga competitivo, ha optado por el juego más riesgoso: el de los faroles evidentes, las malas apuestas y la insistencia en reciclar fichas marcadas.

La más reciente imposición de Ricardo Anaya como coordinador de los senadores panistas no es más que la última mano de una partida que el partido ha venido perdiendo desde hace años.

En el póker, un buen jugador sabe retirarse cuando las cartas no le favorecen, pero en el PAN parecen aferrados a una jugada suicida: sostener a figuras quemadas por el escándalo y la ineficacia. Primero fue Marko Cortés, quien, pese a sus derrotas electorales, ha sabido mantenerse en la dirigencia como si tuviera la mano ganadora. Luego, Jorge Romero, exlíder de la bancada panista en San Lázaro y actual dirigente nacional del partido, quien carga con el lastre del "Cártel Inmobiliario" en la Ciudad de México. Ahora, le toca el turno a Ricardo Anaya, un político que se juega su carrera en el exilio y que,

desde allá, pretende dirigir a los senadores panistas como si nada hubiera pasado.

¿Y la equidad de género, apá? En los suelos, los señores del panismo se la juegan solos y únicamente para ellos y sus intereses. Así, el Partido Acción Nacional se encamina raudo y veloz al ostracismo.

El problema de estas decisiones no es sólo moral, sino estratégico. El PAN no está apostando a ganar, sino a mantener el control de un bote que cada vez es más pequeño. En vez de renovar su baraja con liderazgos frescos y competitivos, sigue apostando a cartas marcadas, figuras cuyo historial de corrupción y descabros políticos los hace más un lastre que un activo. En el mundo del póker, esto se conoce como "seguir metiendo fichas en una mala mano", un error que sólo lleva a la bancarrota.

Ricardo Anaya no es una jugada maestra, es un "all-in" desesperado que confirma que el PAN no ha aprendido nada de sus fracasos recientes. Es el símbolo de un partido que ha perdido la brújula, que no entiende que la ciudadanía ya no confía en políticos que se escudan en la narrativa de la persecución política mientras evitan dar la cara a la justicia. Si el blanquiazul sigue apostando por este tipo de liderazgos, su futuro está cantado: será un "bad beat" en el que sus propios errores lo terminarán de enterrar.

Con cada imposición, el PAN se aleja más de su papel como una verdadera opción de oposición y se convierte en un club exclusivo donde sólo juegan los mismos de siempre. Y lo peor es que, en esta partida, no sólo se juega su propio destino, sino el de toda la oposición en México. Si siguen así, no es difícil anticipar el resultado: perderán la mesa, las fichas y hasta el asiento. Porque en política, como en el póker, el que no sabe retirarse a tiempo, termina yéndose con los bolsillos vacíos y así le pasará al PAN, pero sus líderes ya van llenando sus arcas, con prerrogativas o con negocios inmobiliarios. ¡Ciaooo!

